

por el gusto de ver una bola así, doy por bien empleadas mis tres onzas. Esto merece una copa.

—¡A tomarla y luego á comer!—dijo López, mientras recogía los sucios billetes y las limpias onzas, al mismo tiempo que decía para sus adentros: «Ya reembolsé los gastos del banquete.»

CAPÍTULO XI

Seguimos en el Tivoli

Si la mesa no estaba deslumbradora, se presentaba agradable. Cubrirla un mantel muy blanco, había cuatro platos en cada costado y uno en cada cabecera; había en cada plato una copa grande de figura cónica, cubierta por planchada y encarrujada servilleta, artificiosamente dispuesta en forma de alcatraz; delgada cinta tricolor se ataba en la parte media de la servilleta, y en el ápice del cono, que esta última figuraba, estaba implantado un ramillete de malvaviscos, geráneos y heliotropos.

En medio de la mesa se erguía una fuente de dulce, sustentada por graciosos arbotantes de caramelo; á los lados de la fuente había búcaros con artísticos ramilletes, que fingían montañas de hermosas flores, dispuestas en elegantes y vistosos círculos; allí lucían los pensamientos sus pétalos aterciopelados y de color vario, distintas variedades de rosas hacían ostentación de sus ricas corolas, derramando tenue fragancia; por aquí y por allí las gentiles flores del «no me olvides» salpicaban, como turquesas esparcidas, la superficie del multicoloro ramillete; y

los heliotropos, semejantes á aterciopeladas larvas, enrollaban su corva *inflorescencia*. Un capullo de rosa blanca, que coronaba los *bouquets*, fingía la nivea cima de aquellas montañas de flores.

En torno de cada plato brillaban, como cristalina corte, cinco copas diversas en tamaño y figura. Abrian las champañeras la ancha abertura, mostrando el poco profundo fondo; las de Sauterne proyectaban sobre el mantel manchas purpúreas; las grandes copas de agua atraían la mirada hacia su abultado y brillante vientre.

Delante de cada convidado, y apoyada en la copa grande, que, cubierta por la encarrujada servilleta, estaba en el centro de cada plato, había una gran tarjeta doblada en dos. Era el *menú*, como se dice en la ridícula jerga de los banquetes. En medio del frente de la tarjeta, con caracteres azules, leíase: «Banquete, ofrecido al señor Ministro de..., y al señor Gobernador H., por el General Juan López;» en la cara interior, y también con caracteres azules, estaba la lista de los manjares, bautizados con caprichosos nombres franceses.

En las paredes del *kiosco*, en que se había dispuesto la comilitona, había chillonas pinturas, que pretendían representar las cuatro estaciones del año; largas ventanas con rústicas vidrieras ofrecían franco paso á la vívida luz del sol de Mayo, que, dorando con sus fulgores los brillantes objetos de aquel recinto, producía vivos reflejos y encendidos matices.

De pie el General López, en la puerta del kiosco, ofrecía galantemente el paso á sus invitados. Condujo al señor Ministro hasta el lugar de honor, que estaba en el

extremo de la mesa opuesto á la entrada; sentó después al señor Gobernador á la derecha del Ministro, reservándose él el asiento de la izquierda; el Presidente de la Cámara fué colocado á la derecha del Gobernador, el señor Guerrero sentóse á la izquierda del anfitrión, el Changuito á la izquierda del señor Guerrero, Torres á la derecha del Presidente de la Cámara, y el misántropo Pacotillas, que se sentó á la izquierda del Chango, vino á ser el último de la fila; no le tocó compañero enfrente, y á su mano izquierda venía á quedar el asiento vacío del otro extremo de la mesa.

—Te tocó ser cola de león,—murmuró el Chango al oído de Pacotillas.

—Y á tí te tocó ser lo que está antes de la cola,—le contestó éste de mal humor.

—¡Gracias á Dios que está puesta la mesa! —dijo el anfitrión sonriendo con sus convidados.

—¿Se acuerda, General,—añadió dirigiéndose al Gobernador,—de nuestra última campaña, cuando *expedicionábamos* por Oaxaca? ¡Qué hambres pasábamos, carambolla! ¿Y el totopo aquel? Ya nos fastidiaba el maldito: totopo en la mañana, totopo en la tarde, totopo en la noche; ó si no, nada.

—¡Cómo no me he de acordar! Algo hubiéramos dado por una mesa así.

—Algo hubieran ustedes querido dar, pero dudo que hubieran tenido qué,—dijo el Ministro.

—¡Ya lo creo! —dijo el Presidente de la Cámara.—Malos eran los tiempos: bolsillos secos, caminos anegados, vientos arrasantes.

—Con todo,—dijo Guerrero,—si no se engañan los que aseguran que la mejor salsa es el hambre, lo que ustedes comían ha de haber estado muy bien condimentado. Yo suspiro por los tiempos en que era pobre, porque entonces tenía muy buen apetito y muy buena digestión. ¡Pero así es la vida!—agregó suspirando.—Cuando tenemos estómago no hay qué echarle, y cuando la suerte nos llena la bodega ya no tenemos estómago, ni dientes, ni nada.

—No se ponga tético, hombre,—dijo el Gobernador.

—¿Se acuerda usted, compañero, del tequila de Oaxaca?

—Cómo no me he de acordar, hombre; muchas veces me batí con él, y algunas veces me derribó el maldito; y eso que tengo la cabeza fuerte, los pies firmes, y no me ahogo en un vaso de agua.

—Ni de coñac, ¿verdad? —dijo el Ministro.

—A propósito, compañero,—dijo el anfitrión al Gobernador;—me han regalado dos barricas de ese valiente tequila, le voy á mandar una.

—Se lo he de agradecer, hombre, ¡qué demonio de tequila ese! ¡qué zorras produce! ¡quién lo creyera al verlo tan limpiecito!

—Se pudiera decir, señor,—dijo Torres, que estaba impaciente por hablar,—que es tan límpido y puro en su apariencia, como negro y terrible en sus resultados; ó como diría un poeta: cristal de roca en el transparente vaso, y tempestuosa nube en la cabeza del mortal.

—¡Bien dicho! —dijo el Gobernador,— ¡no hay como

saber hablar bien! ¡qué talento tiene este chico! así es mi secretario, y lo qué charla el maldito, y lo qué me sirve á mí su charla, porque yo ¡qué diablo! ya ustedes me conocen, concibo, pero no paro.

— Pues yo ni concibo, — dijo el señor Guerrero.

— Pero sí engendra, ¡ah calaverón! — dijo el Presidente de la Cámara.

— Lo intenta al menos, — dijo sentenciosamente el Ministro.

Entretanto dos criados habían servido con diligencia el primer platillo; era una sopa aguada, que según el *menú* se denominaba *potage bisque*, al mismo tiempo que vertían en las copas el áureo Jerez y el opalino Madera.

El incitante olor de la succulenta sopa, que había sido colocada bajo las narices de los convidados, había obrado como enérgico despertador de su buen apetito, exceptuando el del pobre señor Guerrero, cuyo estómago embrutecido por la dispepsia, ni por esas se despabiló.

Suspendióse la animada charla, dióse tregua al tiroteo de bromas, y por un rato no se oyó más que el chasquido de las cucharas en los platos y el sordo rumor que el semi-líquido *potage* producía al ser gustado.

Los señorones comían con desembarazo, el Gobernador casi con avidez, Guerrero con manifiesto desgano y los jóvenes con manifiesto encogimiento. Pacotillas era el más tranquilo, importándole muy poco lo que aquellos personajes se les antojara pensar de él; no así Torres y el Chango, que se esmeraban en aparecer finos, instruidos, de mucho talento, y espiaban con ansia la ocasión de lucir tan raras cuanto preciosas dotes.

Apurado que fué el primer manjar, hiciéronse al Jerez los honores debidos; se oyó el retintín producido por el chocar de las copas y el paladeo de satisfacción con que algunos se regodeaban, después de apurar el agradable líquido. Hubo nuevas bromas, celebradas con carcajadas estrepitosas; el Chango tuvo la felicidad de poder acomodar una frase político-filosófica, que estuvo acicalando y puliendo mientras devoraba el *potage bisque*.

Luego fueron servidos los *Mignons en surprise* que los comensales atacaron valientemente, haciéndolos desaparecer como por arte de magia; después siguió el apurar del sabroso Madera, previos los signos de afectuosos brindis, que unos á otros se hicieron, y el sacramental choque de copas; faltó poco para que el Chango rompiera la suya, al chocarla con tanta efusión con la del General López.

Vino en seguida el pescado, llamado en la lista *poisson au vin blanc*; en esta vez los mozos sirvieron en las copas respectivas el traslúcido Sauterne.

Aquellos señores, menos Guerrero, engullían con brioso apetito, el Gobernador con voracidad, el General López con estudiada pulcritud, el Ministro con compostura y el Presidente con festivo desembarazo; Pacotillas comía como se le daba la gana, mientras que sus compañeros dirigían miradas de soslayo á los señores graves, procurando tomarlos por modelo.

— ¿Y qué tal de tareas parlamentarias? — dijo el Gobernador, entre bocado y bocado, dirigiéndose al Presidente de la Cámara.

Este, que en aquellos momentos masticaba un gran

bocado del *poisson au vin blanc*, fué cogido en in fraganti delito de glotonería por aquella intempestiva pregunta, hizo esfuerzos inauditos por tragar de un golpe, y, no pudiendo conseguirlo, quiso ayudarse con un sorbo de Sauterne; mas con tan nefasta suerte que el vino le cayó en el galillo, como vulgarmente se dice; y aquí tenéis al señor Presidente víctima de un acceso de tos, con las mejillas encendidas, los ojos llorosos y tapándose la boca á toda prisa con el pañuelo.

— ¡Cuidado, señor Presidente! — dijo el Ministro; — no olvide usted el refrán: para mentir y comer pescado...

— Ya pasó, — contestó el Presidente, reponiéndose y recobrando su habitual jovialidad; — fué una espina, pero yo tengo buenas tragaderas.

— Sí, de tiburón, — contestó el Gobernador; — nosotros también las tenemos grandes; pero no nos pasa la bola que usted nos quiso hacer tragar, fingiendo que se ahogaba para no contestar la pregunta que le hice.

— No, señor Gobernador, protesto á usted...

— Nada de protestas, — dijo interrumpiéndole el Gobernador, — no creo en las que hacen los funcionarios públicos; ¡tantas cosas he protestado yo!

— Bien está, señor, — repuso el Presidente; — pero advierta usted que yo protestaba ahora fuera de mis funciones.

— En ese caso lo creo, vamos á ver, ¿qué protestaba usted?

— Que me iba á ahogar de veras cuando me disponía á contestar á usted, que las tareas parlamentarias tocan

á su fin, pues la semana que entra clausuraremos el segundo período del segundo año; y *pax Christi*, nos retiramos á nuestra casa, envolviéndonos en el oscuro manto de la vida privada.

— Lo creo como si lo viera, — dijo el Gobernador, — se irá usted á su casa á esperar la reelección que ya le viene, lo mismo que mi compañero de armas, fino amigo y obsequioso proveedor de tequila, el simpático Juanito López. ¿Verdad, señor Ministro?

Dióles un vuelco el corazón, así al ciudadano Presidente de la Cámara como al ciudadano diputado López; en un brete estaban porque rodara la conversación sobre sus respectivas candidaturas; escucharon, pues, con toda su alma la respuesta que iba á dar el Ministro.

— Así lo creo, — contestó el grave personaje, — aunque no lo puedo asegurar; pero entiendo que el señor Presidente de la República ha aprobado ya la candidatura de los señores, tanto por los méritos y buenos servicios de ellos, como porque no entra en el ánimo del primer Magistrado hacer muchas variaciones en el *personal* para el Congreso venidero.

— Mucho me satisface ese honor, — dijo el General López; — nada protestaré, pues á mi compañero el señor Gobernador no le gustan las protestas; citaré mi pasado en abono de mi conducta futura, haré mío el lema de los antiguos cigarros de «La Honradez:» «Los hechos me justificarán.»

— Ratifico, afirmo y corroboro las acertadas y discretas palabras del compañero, — dijo el Presidente con fingida solemnidad.

Entre bocado y bocado fueron vertidos los conceptos anteriores. No se crea que López hubiera perdido el tiempo; cuchicheaba en ratos con el Ministro, el cual sonreía unas veces y otras movía la cabeza en señal de aprobación.

El Chango estaba desesperado porque no podía lucirse. Su compañero de la derecha, el señor Guerrero, era poco menos taciturno que una estatua; en vano el vivaracho joven procuraba darle conversación, cuando el acaudalado personaje se dignaba contestarle, hacíalo por monosílabos, y con tal sequedad, que no daban ganas de repetir la acometida.

No estaba menos en ascuas Torres, su *adlátere* el Presidente no era callado, al contrario, charlaba hasta por los codos. Pero, por desgracia del joven, también el Presidente quería hacer alarde de ingenio y buen humor, y hacía de Torres el mismo caso que de los mozos que servían la mesa. Todo su afán era hacerse oír del Ministro, ó al menos del Gobernador, ó siquiera del General López, ó en último caso del señor Guerrero.

Pacotillas sí que estaba verdaderamente fastidiado: aquellos hombres le parecían vulgares y su compañía insoportable por tosca; juzgaba burda y grotesca la charla del Gobernador, amanerados los cumplimientos de López, afectados los modales del Presidente y servil la actitud de sus compañeros; Guerrero le parecía sencillamente una nulidad.

Al fastidio del joven se unía una tristeza profunda, le afligía la nostalgia del hogar, extrañaba su humilde vivienda, sus sencillas y cotidianas viandas, y, más

que nada, la compañía de su Amalia; cuánto mejor estaría con ella, que oyendo aquellas conversaciones insulsas, aquellas chuscas ocurrencias, aquellas bromas groseras, aquellos dichos de mal gusto, y comiendo aquellos manjares desabridos y bautizados con estrambóticos nombres.

Cabalmente en ese momento saborearía él, en su delicioso retiro, el exquisito café que su *güera* tenía el cuidado de prepararle, y la delicada atención de servirle con sus propias manos, cuya blancura se complacía él en admirar, mientras la hermosa vertía en la taza el negro líquido. Servido el café, Amalia se habría sentado junto á él; después de cambiarse algunas caricias, hubiera el estudiante tomado el libro y la niña su labor.

— Pobrecita, — pensaba Pacotillas, — qué aburrida estará; habrá comido de mala gana, se habrá acostado y procurará dormir para sentir menos estas largas horas. ¡Y ella que estaría creyéndole muy divertido! si supiera que estaba fastidiadísimo; más que ella sin duda, pues á lo menos Amalia estaba sola, mientras que él estaba condenado á soportar la insufrible compañía de aquella gentuza.

Sentía instantáneos ímpetus de cólera: ¿para qué consintió en ir á aquella fastidiosa comilitona? él nada tenía que ver con aquellas gentes, ni participaba de la mezquina ambición de sus compañeros; anhelaba la gloria, no una posición, que, por dorada que fuera, no valdria las molestias y disgustos que costara adquirirla.

Entretanto seguía el banquete su regocijado curso, y mientras más se ennegrecía el humor de Pacotillas,